

nº 2

FOLLETO Á LA FUERZA

DEDICADO

AL

DOCTOR ANGEL F. COSTA

Y Á

BIZANTINUS



BUENOS AIRES

1900

82/

FOLLETO Á LA FUERZA

DEDICADO

AL

DOCTOR ANGEL F. COSTA

Y Á

BIZANTINUS

81.433



52.523

BUENOS AIRES

1900

AL LECTOR.

Persuadidos de que nuestra prensa entiende la libre emisión del pensamiento del mismo modo que nuestros caudillos la libertad, es decir: pensar como ellos piensan, y hablar como ellos hablan, es la razón que hemos tenido en cuenta para ni siquiera por curiosidad pedir á ningún diario hospedaje para nuestras ideas, y por lo tanto, es este el motivo que nos obliga á darlas á luz bajo la forma en que lo hacemos.

UN SUD-AMERICANO.

Montevideo, año 1900.

Causas del malestar presente del Uruguay y de los otros pueblos Sud-Americanos.

I.

Sin prevenciones ni preocupaciones, y reprimiendo todo orgullo patriótico que pudiera hacernos caer en una ridícula y exagerada susceptibilidad, estudiemos con fría serenidad las causas que nos mantienen en el estado de permanente anarquía en que nos encontramos.

Para muchos, mejor dicho, para la generalidad, la causa principal del malestar político-social en que vivimos, se debe á la falta de un buen gobierno, el que, según se cree, necesitamos como el pan de cada día. Para nosotros, el desorden y anarquía reinante, reconoce por causa la falta de conocimientos en la gran mayoría de la población nacional que la habilite para poder dedicarse al trabajo en sus diferentes manifestaciones.

Al hacer esta afirmación, partimos de un dato bien conocido de todos: el conocimiento que se tiene de la completa ignorancia de esa mayoría de población en todos los ramos en que las gran-

des masas de población en el mundo desarrollan su actividad, impulsadas por el progreso siempre creciente del siglo en que vivimos.

Es de suponer también, que es cosa sabida por todos, que esa mayoría de población se divide en dos categorías: la de aquellos que, no sabiendo más que leer y escribir, nada saben ni de comercio, ni de agricultura, ni de industria, ni de artes; y la de los que, ilustrados en la cátedra, ó sea en las Universidades, no teniendo campo en donde ejercitar sus facultades, por haberse equivocado en la elección de la profesión, ó por ser mediocridades, han resultado verdaderos naufragos del saber.

Si ésta, y no otra, es la situación real de la mayoría de esa población, cabe entonces preguntarnos: qué se hace y para qué sirve una población en esas condiciones? Servirá algo más que para vivir á espensas del Estado?

De modo, pues, repetimos, que si la situación real de la mayoría de la población nacional es de completo desvalimiento, porque desvalida es la clase que carece de conocimientos útiles y prácticos que son los que conducen á la independencia individual por el trabajo libre, no es de extrañar el doloroso espectáculo que presentamos, de ver cuarteles y oficinas públicas convertidas en una especie de refugio ó asilo de menesterosos, ó de incapaces para el trabajo; y de ver asimismo, clubs llenos de desocupados

profesionales divagando siempre sobre el eterno tema de las libertades públicas.

Y dígase lo que se diga, esos cuarteles, esas oficinas públicas, esos clubs, no tienen otro carácter, ni pueden ser clasificados de otro modo, desde que ellos son precisamente los que componen esa gran mayoría de población, la que debido á su ignorancia, no tiene más puerta abierta para poder subsistir que el empleo ó el cuartel.

Ahora bien; sin condiciones esa mayoría de población para conquistar su independencia individual por el trabajo libre, se ve forzosamente condenada á vivir bajo la tutela del Estado, y por lo mismo, mal podemos, como sostienen algunos soñadores, tener con semejante elemento gobiernos libres.

Por otra parte, es lógico que tengamos la clase de gobiernos que tenemos, desde que están en armonía con la condición de la mayoría de la población nacional.

¿O se quiere que un pueblo que en su mayoría está reducido á la condición de menor de edad, pretenda y pueda tener gobiernos libres? Semejante cosa no es posible.

Solo pueden empeñarse en tarea tan original, *los hijos de la libertad*, como á si mismos se llaman nuestros más prominentes políticos.

Haga nuestro pueblo por ser como el pueblo inglés y norte-americano, que en lugar de andar

mendigando empleos y prebendas de los gobiernos, por el contrario libran su suerte al buen éxito en el trabajo y los negocios, y ya verá, que sin necesidad de calentarse la cabeza estudiando programas políticos y leyendo panfletos sobre la fraternidad de los partidos, tendremos gobiernos como tienen aquellas naciones.

Pero, si no quiere ó no puede hacer lo que aquellos pueblos hacen, prefiriendo vivir sujeto á la coyunda del Estado, por creer que el dinero que de este modo se gana, se gana más fácilmente y con más descanso, vivirán ellos y viviremos los que no vivimos del puesto público, enredados siempre por la anarquía y la demagogía, sin que haya santo del cielo que tenga el suficiente poder para librarnos de los trastornos públicos á que está expuesto á cada momento todo pueblo de aspirantes á empleos.

La tendencia, pues, de nuestro pueblo á la empleomanía, es la tendencia más funesta, por que no permite fundar gobiernos en la verdadera acepción de la palabra; por lo mismo que la política en tales pueblos, se convierte en una mera disputa de círculos empeñados en arrebatarse los empleos.

Por lo tanto, cuán equivocados están los que, no teniendo más que fija su mirada, como sucede entre nosotros, en lo que llamamos combinaciones políticas, esperan ansiosos que de ellas surja el *fiat-lux* que ha de iluminar con sus claros resplandores los oscuros horizontes de la patria!

Combatir pues, la empleomanía por todos los medios, es un deber, y deber mucho más imperioso en nuestra patria, desde que desgraciadamente los gobiernos que tenemos no pueden combatirla, porque á ella y al militarismo deben su existencia.

Hemos dicho, que casi en su totalidad, la generalidad cree que lo que necesitamos para salvarnos de las dificultades del presente, es un buen gobierno.

Si así se piensa por la mayoría de la opinión, es porque no se fija la atención más que en el ideal con que se sueña: el buen gobierno; y por lo mismo, no se ve la cuestión más que por un solo lado.

Pero, la otra faz de que se prescinde, es la faz más grave del problema, porque ella vá á decirnos, si es ó no posible tener ese buen gobierno que con tanta vehemencia perseguimos, corriendo quizá tras una sombra, la que á medida que nos acercamos se aleja más y más.

II.

Siempre hemos notado en lo que se escribe y habla con respecto á nuestro estado político, un vacío, un algo, que falta como complemento de un estudio concienzudo y acabado. Ese algo, ese vacío, proviene de no hallarse comprendido

el pueblo en ese estudio. De modo, que de esta omisión resulta ó tiene origen el estribillo hoy tan en voga y que como frase sacramental corre de boca en boca: de que lo que necesitamos es un buen gobierno.

Pero, si á todos los que así creen ó hablan por hablar, se les preguntase: estais seguros de tener ese buen pueblo que se necesita para tener ese buen gobierno que pretendéis? Sabeis que los pueblos son los que hacen los gobiernos, y que según es el pueblo, según es el gobierno?

Samuel Smiles, dice: «que todo pueblo noble será gobernado noblemente». Esto no solo confirma nuestras interrogaciones, sino que además de ahí se deduce que, como el gobierno es el reflejo de un pueblo, por él puede ser apreciado y juzgado todo pueblo.

Y es cosa tan primordial, tan esencial, el estudio de la oportunidad de si un pueblo está ó no en condiciones de tener un buen gobierno, que no tenemos más que fijarnos que aun luchan los pueblos de la antigua América Latina ó Española, por cimentar las bases de su organización política y constituir por lo tanto el gobierno representativo que adoptaron.

Y si todo esto no ha podido realizarse antes de ahora, se ve hoy que ha sido porque estos pueblos no estaban preparados en la fecha de su independencia para hacer uso de la libertad.

Y mal podían estar preparados para ella, des-

de que habían vivido más de trescientos años sometidos al vasallaje de Carlos V y Felipe II; quienes mantuvieron á estos pueblos en completa incomunicación con el resto del mundo, hasta el punto de que les estuviera prohibido á sus naturales negociar con el extranjero bajo pena de la vida.

Las consecuencias de un cambio tan repentino, de un salto tan brusco, de una transformación tan violenta, como era la que operaban los pueblos sud-americanos, pasando del más absoluto vasallaje á la libertad, sin ninguna preparación, por lo mismo, que la metrópoli los había conservado durante su larga dominación en la más atrasada ignorancia, tenían aquellas que perdurar, como perduran hasta nuestros días, é influir poderosamente retardando la organización política de los nuevos pueblos emancipados.

Para robustecer aun más las ideas que venimos sustentando, de que la clase de gobierno es una consecuencia legítima de la clase y condiciones de un pueblo, no tenemos más que dirigir la vista á ese gran pueblo llamado antes la América Inglesa, hoy los Estados Unidos del Norte, y quedará evidenciada la exactitud de nuestras observaciones.

En efecto, si el pueblo norte-americano pudo desde el primer día de su emancipación consolidar como consolidó las instituciones republica-

nas democráticas y constituir en el acto el gobierno representativo que proclamaba como el gobierno de sus pueblos, fué porque esa sociedad, cuando sobrevino la revolución, se hallaba en estado de república; todo era allí republicano: las instituciones municipales, las civiles, las políticas, los sentimientos, los hábitos, las costumbres, el modo de ser, los principios, las ideas, la vida íntima, la vida privada, todo era republicano. De modo, que cuando se consumó la revolución, no hubo que hacer más que una cosa, no hubo que hacer más sino cambiar la cúpula de aquel edificio, y sustituirle por otra nueva cúpula.

Esto sin hablar de que los hombres que constituyeron ese gran pueblo, no eran unos aventureros sin fortuna; eran hombres que todos ocupaban una mediana posición social, que tenían con qué vivir en su patria; eran hombres acomodados, de costumbres austeras, de gran regularidad de vida y de conducta; eran hombres que todos estaban sometidos á un mismo nivel social; que todos procedían de una misma clase, la clase media; eran hombres que, primero por la tradición y las instituciones de su patria, luego por las grandes luchas á que habían asistido como actores y como testigos, tenían el sentimiento de la libertad, la posesión, el conocimiento reflejo, el fanatismo de la libertad; eran los depositarios, los representantes más genuinos

del principio de libertad; eran los órganos de la libertad humana en todas sus manifestaciones, de la libertad municipal, de la libertad civil, de la libertad política, de la libertad religiosa.

Hé aquí, pues, á las dos Américas que han adoptado y viven bajo la misma forma de gobierno, y que, sin embargo, tienen fundamentos muy distintos: la una, fundada por soldados de Carlos V y Felipe II, acostumbrados á la obediencia pasiva en el orden político y religioso; la otra, fundada por hombres que voluntariamente se expatriaban á tierra extraña buscando implantar en ella las ideas de libertad que ya en su patria profesaban.

Y hasta el presente, cuáles son los beneficios ó los resultados que han cosechado esos pueblos nacidos á la libertad, y que, como se sabe, no los separan centenares de años entre las fechas de su independencia? Cuál de esos pueblos, mejor ha comprendido y mejor ha practicado el régimen de la libertad?.....

Ocioso nos parece, por cierto, el decirlo, y menos aun demostrarlo, desde que el estado actual de cada uno de ellos lo patentiza por sí mismo.

Por mucho que nuestro amor patrio sufra y se resienta, es necesario reconocer y confesar que, si nuestro país viene retardado en el movimiento general de avance hácia el progreso, aun de los otros pueblos sud-americanos, que aun cuando iguales en origen, iguales en clase de pobla-

ción, iguales en hábitos y costumbres, iguales en principios é ideas, iguales en tendencias, marchan ya á constituirse, se debe ese retraso al poco ó ningún esfuerzo que hace la mayoría de nuestros compatriotas por consagrarse al trabajo.

Por huir esa mayoría del trabajo del campo, del trabajo del taller, del mostrador del comerciante, de la fábrica del industrial, la vemos reemplazada por el extranjero, quien á medida que se enriquece y ostenta orgulloso sus riquezas en hermosos palacios, en hermosos parques y jardines alrededor de nuestra envidiable ciudad; en grandes fábricas y talleres, en grandes almacenes y bazares, aquellos en cambio, aunque dotados de disposiciones felices, con una clara y vivaz inteligencia que los haría aptos y superiores en todos los ramos del trabajo, no tienen, primero, más que el cuartel y la oficina pública como medio de subsistir; y luego después la muerte en las cuchillas como fruto de sus disputas empleomaniacas, y como único patrimonio la miseria en sus hogares.

De lo que se deduce, que mientras para nosotros la libertad ha sido un arma de anarquía y de muerte, para el pueblo norte-americano ha sido un instrumento de trabajo, como lo comprueba un prodigioso progreso, base hoy de una población gigantesca de 80.000,000 de hombres libres!.....

La asombrosa prosperidad á que han alcanzado los Estados Unidos del Norte, aparte de los fundamentos políticos en que había de reposar aquella sociedad, se debe sin duda alguna á la fecunda actividad de una raza incansable y tenaz en el trabajo.

III.

Hemos sostenido y sostenemos que nuestro estado político-social es la consecuencia de la falta de conocimientos útiles y prácticos de la mayoría de la población nacional.

Esta falta de conocimientos en nosotros y los demás pueblos sud-americanos, se explica perfectamente. Si nos remontamos á la fecha cuando quedó consumada la emancipación, veremos que la ignorancia de estos pueblos era completa en todo. En política, no conocían más sistema que aquel en que habían vivido cuando aun vivían sometidos al vasallaje. En los demás ramos del saber, no hay para qué hablar; todo era oscuridad para ellos.

Pueblos que en semejantes condiciones abor-
daban la tarea de ser los árbitros de sus propios
destinos, tenían que verse muy mal si desgracia-
damente se perdían en el camino, y es esto pre-
cisamente lo que ha sucedido.

Con respecto á la libertad, quizá no fueron los

primeros hombres de la revolución sud-americana, á pesar de su escasa preparación política, los que no hubieran comprendido la libertad en su esencia, y lo prueba su noble desprendimiento por las posiciones, las riquezas y los honores; y sí fueran más bien los pueblos que libertaban, los que por componerse en su totalidad de poblaciones casi nómades, habitando en inmensos desiertos, la libertad la entendieran como una facultad para hacer cuanto se les antojase. Solo así se explicaría el origen del caudillaje montañés que aun se perpetúa en muchos de los pueblos sud-americanos incluyendo el nuestro.

Pero, no debe creerse que solo hayan sido las poblaciones del campo con el caudillaje á la cabeza las que no entendieran la libertad; fueron también las mismas poblaciones de las ciudades con sus hombres dirigentes las que tampoco la entendieron, y lo dice el hecho del absolutismo que en ellas se implantaba, á pretexto de que sus hombres estaban ya instruidos en el gobierno de los pueblos. Fundaban las ciudades esta creencia, probablemente, porque estando ellas más en contacto con la Europa, se les proporcionaba la ocasión de inspirarse en las ideas de aquellos pueblos, y muy particularmente, en los principios de la revolución francesa.

Las poblaciones, pues, de las ciudades, creyéndose preparadas y por lo mismo aptas para el gobierno, han debido sentirse superiores en

saber á las poblaciones del campo, y de aquí, el principio de la lucha entre las ciudades y estas últimas poblaciones que aun hoy día se mantiene.

Pero, como tanto las poblaciones de las ciudades, como las del campo, habían entendido la libertad á su modo, porque si en las unas imperaba el absolutismo personal ó del saber, en las otras imperaba el caudillaje; de aquí que las ciudades pretendieran imponerse como las únicas capaces para el gobierno; lo que, sin duda, fué siempre resistido por las poblaciones del campo, no solo por el menosprecio que tal pretensión importaba, sino, como hemos dicho, por no haber entendido la libertad más que como una facultad para poder hacer lo que se les antojase. En una palabra: el reinado de la voluntad individual. Nuestros caudillos, como representantes de esas poblaciones, son hoy día todavía un testimonio fehaciente de lo que dejamos expuesto.

Reasumiendo tenemos: que los frutos que los pueblos sud-americanos recogían de la libertad, eran: el absolutismo personal ó del saber en las ciudades; el caudillaje con la ignorancia en los campos; las ciudades creyéndose todo y por lo mismo las llamadas al gobierno del pueblo; las poblaciones del campo sin valimiento alguno y por lo mismo no tenidas en cuenta para nada.

Y que esta debía ser la situación ó estado de

dichos pueblos al poco tiempo de la emancipación, lo dice el hecho, de que muchos de sus hombres más ilustres y que con sus esfuerzos habían contribuido al triunfo de la revolución, no solo se retiraban de actuar en la vida pública, sino que además, por no comprometer las glorias adquiridas, se alejaban de su patria yendo á vivir en el extranjero.

Los comienzos de la dislocación sud-americana parten desde el día en que las ciudades y las poblaciones del campo luchaban arrastradas por tendencias opuestas, y si algunos pueblos han podido eslabonar de nuevo la cadena rota, y marchan ya hoy á un porvenir venturoso, se debe sin duda, á que los gobiernos de esos pueblos, han comprendido que sus esfuerzos debían dirigirlos en primer término á infundir en aquellos el amor al trabajo, contribuyendo por su parte, con todos los medios á su alcance, á la realización de una labor tan fecunda.

Por que ha de tenerse presente, que si los pueblos sud-americanos son inclinados y arrastrados á las agitaciones turbulentas, solo es debido á su falta de aptitudes para el trabajo, el que como se sabe es el propulsor más poderoso del progreso, y el que sin duda alguna tendrá el suficiente poder para hacer cambiar el carácter y las tendencias de estos pueblos, convirtiéndolos en elemento de paz, de orden y de conservación, para llegar, por fin, á la independencia indivi-

dual, al respeto de las instituciones, y al ejercicio consciente de la libertad.

Por eso hemos dicho, y creemos haber dicho bién, que los gobiernos de esos pueblos que los dirigen por el camino del trabajo, han comprendido que ese es el verdadero camino por donde debe conducirse á los pueblos sud-americanos, para llegar más pronto á su definitiva organización política, la que de otro modo sería imposible alcanzar si se quisiera suprimir ó salvar de un salto el insuperable obstáculo que por hoy todavía ofrece la falta de preparación política de esos mismos pueblos.

Y que se puede llegar más fácilmente á esa organización política por medio del trabajo, no cabe duda; porque ya se sabe que un pueblo trabajador es por excelencia pacífico y conservador, condiciones que, además, lo hacen apto para el ejercicio de todos los derechos y el cumplimiento de todos los deberes. Un pueblo de esta clase posee otra preciosa condición que es, una gran confianza en el poder de sus propias energías; confianza que á su vez debilita ó amortigua sus deseos ó pasión de gobernar, por cuya circunstancia se hace doblemente más fácil para los gobiernos la tarea de la organización política de semejantes pueblos.

Como la organización política sud-americana es un problema complejo y complicado, porque los dos términos de que se compone: la falta de

preparación política, y la falta de preparación para el trabajo, son á su vez dos cuestiones igualmente graves y fundamentales, y estrechamente entrelazadas, se comprende que aquella organización podría quedar resuelta, siempre que fuera solucionado cualquiera de los términos del problema.

Luego, los gobiernos que han optado por fomentar el desarrollo del trabajo para ver de llegar más pronto á aquella, deben haber tenido presente, sin duda, que la causa principal que ha retardado esa misma organización política, no ha sido otra, que la falta ó error de los primeros gobiernos en no contraer sus esfuerzos á esa tarea, quizá porque no vieron que en el problema de nuestra emancipación venían aparejadas aquellas dos cuestiones.

Solo olvidando ó ignorando las condiciones en que estos pueblos operaban su tránsito á la libertad, podía dejar de verse que ellos quedaban colocados entre dos peligrosísimos escollos: la anarquía y la miseria, en los que fácilmente podían caer por su falta de preparación política, y por su falta de preparación para el trabajo. Por cuya razón esto obligaba tanto más á los gobiernos á estudiar con mayor atención el doble problema que les cabía en suerte resolver, para prevenir así á los pueblos de estos peligros.

Y que á estos peligros estaban expuestos dichos pueblos, la situación política y social de

nuestro país es un testimonio irrecusable de ello.

Dos cosas, pues, debtan haber marchado unidas para que nuestra emancipación hubiera dado los mismos frutos que la emancipación de la América del Norte: la organización política y el fomento del trabajo como base de la independencia individual y del bienestar social.

Además, estas dos cosas, por lo fundamentales, eran dos fuerzas de igual potencia, y que, por lo mismo, debió haberse tenido el cuidado de mantenerlas en perfecto equilibrio, si se quería consolidar la libertad en los nuevos pueblos emancipados. Descuidar, como se hizo, y como se sigue haciendo, en no abrir nuevas puertas al trabajo para atraer hácia él á los pueblos, por considerar secundaria esta labor á la de la organización política, ha sido y continúa siendo un error de tan fatales consecuencias, que ha condenado á la mayoría de estos pueblos á arrastrar una vida parasitaria; de lo que ha resultado, que nuestra organización política sea hoy quizá un problema más grave que en los comienzos de la emancipación.

Y este problema continuará siendo grave para nosotros mientras la mayoría de la población nacional no cambie de condición que la haga alejar del cuartel y la oficina pública; mientras el sinnúmero de fracciones llamadas políticas, que, hoy por hoy, no tienen más ideal que gobernar y no ser gobernadas, ni más propósito

que el de arrebatarse las unas á las otras el poder, como un medio: para las que se consideran las mejores de satisfacer las más apremiantes necesidades de la vida; y para las que se consideran las peores, de adueñarse del tesoro público para amasar fabulosas fortunas, no renuncien á sus menguadas ambiciones de mando; mientras nuestro pueblo, más educado en la libertad y más educado en el trabajo, no haga imposibles los gobiernos emanados del motín y de las monotoneras, que son los que hemos tenido hasta el presente disfrazados de gobiernos constitucionales.

Cuando todo esto suceda, habrá entonces llegado el tiempo de que no se mire como un cuento de rabinos eso del buen gobierno que necesitamos, como también necesitamos mucho y muy mucho, un pueblo que se haga digno y noble por la conquista de su independencia individual por medio del trabajo libre.

IV.

No hay duda que si mucho mal han hecho á nuestra sociedad las disputas políticas, mucho mal también se ha hecho esta á sí misma por su presunción y falsas ideas sobre el verdadero progreso. Como pueblo nuevo no tenía otro camino que seguir, como venimos demostrando, que el del trabajo.

Por separarse de tan natural derrotero; por vivir alucinada por la inocente tontería de creerse lo que no es todavía; por la pueril presunción de imaginarse que marcha á la vanguardia de la civilización, queriendo así, según parece, disputar á las viejas sociedades la supremacía que á justo título tienen ganada en todos los progresos humanos á fuerza del trabajo de muchas generaciones y de muchos siglos de experiencia, se ve hoy, debido á la influencia de tan falsas ideas, en el estado embrionario en que se encuentra, y por lo mismo, condenada á empezar por donde debia haber empezado: por trabajar.

Mucho más obligada estaba á esta tarea, si se tiene en cuenta que ella, como las demás sociedades sud-americanas, nada heredaban al emanciparse de la metrópoli. Si bien de esta nada recibían, en cambio la naturaleza las favorecía con fertilísimos territorios exuberantes en riquezas de todo género, lo que no era poco para pueblos que, habiendo sabido aprovecharse de tan preciados dones, serían hoy ricos y poderosos como lo son los que componen la América del Norte. Esta precisamente debe su grandeza y poderio al aprovechamiento que sus hijos supieron hacer de su fértil y hermoso suelo.

La emancipación, pues, nos obligaba á dirigir en primer término á nuestras poblaciones al cultivo de la tierra, para despertar en ellas, por medio de esta labor, el apego al suelo, el sentimien-

to de la propiedad, el amor al trabajo, los hábitos pacíficos, la moralidad de las costumbres, el espíritu de asociación y de confraternidad, y la modificación en los instintos ó tendencia á la vida errante, á que se muestran tan inclinados los pueblos como los nuestros cuando se encuentran colocados en medio de vigorosos y dilatados territorios.

De modo que, en lugar de encontrarnos casi ya al cumplir el primer siglo de nuestra emancipación, con nuestras poblaciones con su independencia individual conquistada por medio del trabajo libre, nos encontramos, por el contrario, con verdaderos enjambres de parásitos, los que á semejanza de las antiguas muchedumbres romanas, el Estado se ve obligado á tener que mantener en los cuarteles y las oficinas públicas, para que materialmente no perezcan de hambre.

Y si á este estado funesto, bastante por si solo para impedir el desarrollo y engrandecimiento de estos pueblos, se agrega el extravío de que han sido víctimas con esa fátua fantasmagoría de lujo y ostentación con que las sociedades europeas seducen al mundo, tendremos que el progreso sud-americano ha sido atacado en tres cosas esenciales y armónicas: la moralidad, la riqueza y la existencia, que se sustituyen por la tiranía de la anarquía, la miseria y la muerte.

Entre tanto, y mientras nosotros y las demás sociedades sud americanas, por sus rencillas po-

líticas y por sus falsas ideas sobre el verdadero progreso, se alejaban cada día más del trabajo, los hombres de la América del Norte, preconizándolo, instruían en él á los pueblos con máximas y principios los más elevados. Aquellos hombres hacían más: acompañaban al pueblo con el ejemplo; y aun así, todavía no estaban satisfechos; porque propendían á educar el criterio de los pueblos; porque se esforzaban en que todos los hombres tuvieran una ocupación útil que pudiera proporcionarles una honrosa subsistencia; y por que hacían comprender á los pueblos que el hombre, para ser apreciado y respetado por los demás, estaba obligado á conquistar su independencia por sus propios esfuerzos.

Fué por estas enseñanzas y por el ejercicio práctico de las mismas, que aquellos pueblos llegaron á saber: que la independencia individual es la base de la libertad; que la felicidad y la grandeza de las naciones, no es más que la justa recompensa del trabajo; que la verdadera nobleza no consiste en nombres ilustres adquiridos de los antepasados, sino más bien en la que se adquiere en la ruda labor cotidiana por esa innumerable falange de humildes obreros que, con sus manos encallecidas, son miembros útiles en la sociedad; que la sencillez y la moderación en los goces de la vida es el gran preservativo de la relajación de las costumbres y el más seguro

apoyo para ser ciudadanos virtuosos y útiles; que la abstención de gastos supérfluos, como son los que resultan del lujo en el vestir y en la compra de todas las producciones del arte, que aun cuando son curiosas no son útiles, era acumular fortuna; que el cultivo de la tierra es fuente de la riqueza y prosperidad de los pueblos; que el hombre estaba obligado á ser industrioso y económico para no caer en una degradante dependencia y en la holgazanería origen de todos los vicios y la causante de la miseria.

Y hasta en sus mismos códigos políticos establecieron tan preciosos preceptos como se ve en la constitución de Pensilvania en su art. 36, que dice: «Como todo hombre libre que no tiene
« rentas debe, para conservar su independencia,
« ejercer alguna profesión, oficio, comercio, ó poseer hacienda que le proporcione una honrosa
« subsistencia, ninguna necesidad ni aun utilidad
« hay en establecer empleos lucrativos, cuyos
« efectos ordinarios son, en los que los poseen ó
« los solicitan, el constituirlos en una dependencia y degradación indigna de hombres libres,
« y excitan en el pueblo disenciones, facciones,
« la corrupción y el desórden. . . . Por esta razón, el cuerpo legislativo cuidará de disminuir
« los provechos, siempre que por el aumento de
« los sueldos ó por cualquiera otra causa, un empleo llegase á ser tan lucrativo que excitara la
« codicia y la solicitud de muchas personas.»

Por haber el pueblo norte americano prestado religiosa obediencia á las sanas y prácticas instrucciones de sus hombres dirigentes, como respetuoso acatamiento á los mandatos de sus códigos, se ve hoy convertido en el formidable titán del trabajo que todos admiramos, y cuyos latidos de su inmenso progreso repercuten de uno á otro extremo del mundo.

Y lo que más admira, y lo que más asombra, y casi podíamos llegar hasta decir, lo que más espanta, porque raya en lo inconcebible, es cómo aquel pueblo ha podido realizar en el corto lapso de tiempo de *ciento treinta y cuatro años* de vida independiente, tan inaudito progreso. Y si no fuera porque los presentes somos testigos de tan pasmoso progreso, lo creeríamos el producto imaginativo de una leyenda forjada para embaucar á crédulos.

Sin embargo, cuan cierto es que ese pueblo, que ayer no más era un pueblo en estado embrionario, es hoy una poderosa nación con 80 millones de habitantes; con innumerable cantidad de fábricas soberbias; con millares de establecimientos agrícolas é industriales; con una producción infinita por su variedad y por su calidad; con un comercio que rivaliza con el de los países comerciales más grandes, como Inglaterra y Francia; con millares de buques que cruzan los mares en todas las latitudes; y por último, con su extenso territorio de *nueve millones dos-*

cientos doce mil kilómetros cuadrados, cubiertos por un tejido de líneas ferro-viarias que ningún pueblo de la tierra le supera.

Y nosotros los uruguayos, que tan asombrados y envanecidos nos mostramos de nuestro progreso, creyendo que hemos hecho algo que sale de los dominios de lo natural, ¿qué hemos adelantado habiendo caminado ya dos tercios del tiempo que aquel otro pueblo?.... Apenas nos es dado ofrecer á la vista de propios y extraños, nuestra capital medio barnizada á la europea, aunque con aire melancólico y compungido, como queriendo ella expresar con esto, con cuánto dolor mira á su lado á nuestro hermoso territorio inculto y despoblado; á nuestra agricultura sin fomento ni desarrollo; á nuestras industrias recién empezando á hacer pininos; y á nuestro comercio girando dentro un círculo estrecho y limitado.

Estos son los resultados y el verdadero progreso que hemos cosechado por nuestra inercia. por nuestras disputas políticas y por nuestra mal entendida vanidad.

El ligero estudio que dejamos hecho, demostrará á la inteligencia menos perspicaz, que si á nuestra sociedad le faltan los fundamentos constitutivos de la libertad; que sino contamos con los elementos políticos apropiados; que sino contamos con los elementos necesarios para propender al desarrollo del trabajo, no es de cau-

sar asombro que vayamos como vamos, marchando sí, pero marchando á tumbos; y que por consiguiente, no sea fácil atinar cómo hemos de echar los fundamentos de nuestra organización política y social.

Para nosotros no son dignas de tomarse en consideración, como una labor seria que conduzcan á aquel fin: ni la amalgama de los diferentes partidos, ó más bien dicho, de los elementos disolventes que los constituyen en una sola agrupación cualquiera sea su denominación; ni los proyectos de *sustitución* de un lema por otro lema; ni mucho menos, las combinaciones ó componendas de las fracciones políticas de nuestros días; porque las primeras, no son más que un ilusionismo inocente de fantasías acaloradas; y las segundas, no responden á otro objeto que á la satisfacción de intereses y necesidades puramente personales.

Cual ha de ser el destino que á la larga ó á la corta le esté reservado á nuestro país si nuestros compatriotas no reaccionan, lo dirá la siguiente observación: Fácil, muy fácil es aspirar ó desear alguna cosa, como nosotros un buen gobierno; pero la cuestión grave es poseer los conocimientos y los medios para poder alcanzar lo que se desea. En la humanidad se cuentan por millares los individuos que están llenos de deseos y que sin embargo mueren con ellos.

Lo que pasa á los individuos, pasa á las na-

ciones: muchas han desaparecido absorbidas por otras por que no contaban con los elementos necesarios para mantenerse en la vida independiente que deseaban.

Solo nos resta concluir haciendo una declaración: que al publicar nuestras opiniones con respecto al estado político y social de nuestro país, no nos sentimos movidos por el propósito de provocar ni sostener polémicas, porque juzgamos que estas solo sirven para agriar los ánimos, y que por lo mismo, dejaremos que nuestras ideas corran su suerte en nuestra patria, en la inteligencia, que si son útiles, de ellas se aprovecharán, y que si no; serán desechadas por inútiles.

UN SUD-AMERICANO.
